

CAPÍTULO IV

Donde Sancho Panza satisface al Bachiller Sansón Carrasco de sus dudas y preguntas, con otras cosas dignas de saberse y de contarse.

Volvió Sancho a casa de Don Quijote, y volviendo al pasado razonamiento, dijo:

—A lo que el señor Sansón dijo, que se deseaba saber quién o cómo cuándo se me hutó el jumento, respondiéndome digo, que la noche misma que huyendo de la Santa Hermandad nos entramos en Sierra Morena después de la aventura sin ventura de los galeotes y de la del difunto que llevaban a Segovia, mi señor y yo nos metimos entre una espesura, adonde mi señor arrimado a su lanza, y yo sobre mi Rucio, molidos y cansados de las pasadas refriegas, nos pusimos a dormir como si fuera sobre cuatro colchones de pluma; especialmente yo dormí con tan pesado sueño, que quien quiera que fué, tuvo lugar de llegar y suspenderme sobre cuatro estacas, que puso a los cuatro lados de la albarda; de manera que me dejó a caballo sobre ella, y me sacó debajo de mí al Rucio, sin que yo lo sintiese.

—Eso es cosa fácil, y no acontecimiento nuevo; que lo mesmo le sucedió a Sacripante, cuando, estando en el cerco de Albraca, con esa misma invención le sacó el caballo de entre las piernas aquel famoso ladrón llamado Brunelo.

—Amaneció—prosiguió Sancho—, y apenas me hube estremecido, cuando faltando las estacas, dí conmigo en el suelo una gran caída. Miré por el jumento, y no le ví; acudieronme lágrimas a los ojos y hice una lamentación, que si no la puso el autor de nuestra historia, puede hacer cuenta que no puso cosa buena. Al cabo de no sé cuántos días, viniendo con la señora princesa Micomicona, conocí mi asno, y que venía sobre él, en hábito de gitano, aquel Ginés de Pasamonte, aquel embustero y grandísimo maleador que quitamos mi señor y yo de la cadena.

—No está en eso el yerro—replicó Sansón—, sino en que antes de haber parecido el jumento, dice el autor que iba a caballo Sancho en el mismo Rucio.

—A eso—dijo Sancho—no sé qué responder, sino que el historiador me engañó, e ya sería descuido del impresor.

—Así es sin duda—dijo Sansón—; pero ¿qué se hicieron los cien escudos?

—Deshicieronse—respondió Sancho—. Yo los gasté en pro de mi persona y de la de mi mujer y de mis hijos, y ellos han sido causa de que mi mujer lleve en paciencia los caminos y carreras que he dado, sirviendo a mi señor Don Quijote; que si, al cabo de tanto tiempo, volviera sin blanca y sin el jumento a mi casa, negra ventura me esperaba. Y si hay más que saber de mí, aquí estoy; que responderé al mesmo Rey en presona; y nadie tiene para qué meterse en si truje o no truje, si gasté o no gasté; que si los palos que me dieron en estos viajes se hubieran de pagar a dinero, aunque no se tasarán sino a cuatro maravedís cada uno, en otros cien escudos no había para pagarme la mitad; y cada uno meta la mano en su pecho, y no se ponga a juzgar lo blanco por negro, y lo negro por blanco; que cada uno es como Dios le hizo, y aun peor muchas veces.

—Yo tendré cuidado—dijo Carrasco—de avisar al autor de la historia, que si otra vez la imprimiere, no se olvide esto que el buen Sancho ha dicho; que será realzarla un buen coto más de lo que ella se está.

—¿Hay otra cosa que enmendar en esa leyenda, señor Bachiller?—preguntó Don Quijote.

—Sí debe de haber—respondió él—; pero ninguna debe de ser de la importancia de las ya referidas.

—¿Y por ventura—dijo Don Quijote—promete el autor segunda parte?

—Sí promete—respondió Sansón—; pero dice que no la ha hallado, ni sabe quién la tiene; y así, estamos en duda si saldrá o no; y así por esto como porque algunos dicen: «nunca segundas partes fueron buenas»; y otros: «de las cosas de Don Quijote, bastan las escritas», se duda que no ha de hacer segunda parte; aunque algunos, que son más joviales que saturninos, dicen: «vengan más quijotadas; embista Don Quijote y hable Sancho Panza, y sea lo que fuere; que con eso nos contentamos».

—Y ¿a qué se atiene el autor?—dijo Don Quijote.

—A que—respondió Sansón—en hallando que halle la historia, que él va buscando con extraordinarias diligencias, la dará luego a la estampa, llevado más del interés que de darla se le sigue, que de otra alabanza alguna.

A lo que dijo Sancho:

—¿Al dinero y al interés mira el autor? Maravilla será que acierte, porque no hará sino harbar, harbar, como sastre en vísperas de Pascuas; y las obras que se hacen apriesa nunca se acaban con la perfección que requieren. Atienda ese señor moro, o lo que es, a mirar lo que hace, que yo y mi señor le daremos tanto ripio a la mano en materia de aventuras

y de sucesos diferentes, que pueda componer, no sólo segunda parte sino ciento. Debe de pensar el buen hombre sin duda que nos dormimos aquí en las pajas; pues ténganos el pie al herrar, y verá del que cosquemos. Lo que yo sé decir es, que si mi señor tomase mi consejo, ya hablaría de estar en esas campañas deshaciendo agravios y enderezando tuerzas como es uso y costumbre de los buenos andantes caballeros.

No había bien acabado de decir estas razones Sancho, cuando llegaron a sus oídos relinchos de Rocinante, los cuales relinchos tomó Don Quijote por felicísimo agüero, y determinó de hacer de allí a tres o cuatro días otra salida; y declarando su intento al Bachiller, le pidió consejo por qué parte comenzaría su jornada; el cual le respondió que era su parecer que fuese al reino de Aragón, y a la ciudad de Zaragoza, adonde se había de hacer unas solemnísimas justas por la fiesta de San Jorge, en las cuales podría ganar fama sobre todos los caballeros aragoneses, que sería ganarla sobre todos los del mundo. Alabóle ser honradísima y valentísima su determinación, y advirtióle que anduviese más atento en acometer los peligros a causa que su vida no era suya, sino de todos aquellos que le habían menester para que los amparase y socorriese en sus desventuras.

—Deso es de lo que yo reniego, señor Sansón—dijo a este punto Sancho—; que así acomete mi señor a cien hombres armados como un muchacho goloso a media docena de badeas. ¡Cuerpo del mundo, señor Bachiller! Sí, que tiempos hay de acometer y tiempos de retirar, y no ha de ser todo *Santiago y cierra, España*; y más, que yo he oído decir (y creo que a mi señor mismo, si mal no me acuerdo) que en los extremos de cobarde y temerario está el medio de la valentía; y si esto es así, no quiero que haya sin tener para qué, ni que acometa cuando la ocasión pide otra cosa; pero sobre todo, aviso a mi señor que, si me ha de llevar consigo, ha de ser con condición que él se lo ha de batallar todo, y que yo no he de estar obligado a otra cosa que a mirar por su persona en lo que tocare a su linde y a su regalo; que en esto, yo le bailaré el agua delante; pero pensad que tengo de poner mano a la espada, aunque sea contra villanos malos drines de hacha y capellina, es pensar en lo excusado. Yo, señor Sansón, no pienso granjear fama de valiente, sino del mejor y más leal escudero que jamás sirvió a caballero andante; y si mi señor Don Quijote, obligado de mis muchos y buenos servicios, quisiere darme alguna ínsula, de las muchas que su merced dice que se ha de topar por ahí, recibiré mucha merced en ello; y cuando no me la diere, nacido como cualquiera soy, y no ha de vivir el hombre en hoto de otro, sino de Dios y más, que tan bien, y aun quizá mejor, me sabrá el pan, desgobernado, que siendo gober-

dor; y ¿sé yo por ventura si en esos gobiernos me tiene aparejada el diablo alguna zancadilla, donde tropiece y caiga y me deshaga las muelas? Sancho nació, y Sancho pienso morir. Pero si con todo esto, de buenas a buenas, sin mucha solicitud y sin mucho riesgo, me deparase el cielo alguna ínsula u otra cosa semejante, no soy tan necio que la desechase; que también se dice: «cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla»; y «cuando viene el bien, métele en tu casa».

—Vos, hermano Sancho—dijo Carrasco—, habéis hablado como un catedrático; pero con todo eso, confiad en Dios y en el señor Don Quijote, que os ha de dar un reino, no que una ínsula.

—Tanto es lo de más como lo de menos—respondió Sancho—; aunque sé decir al señor Carrasco, que no echara mi señor, el reino que me diera, en saco roto; que yo he tomado el pulso a mí mismo, y me hallo con salud para regir reinos y gobernar ínsulas; y esto ya otras veces lo he dicho a mi señor.

—Mirad, Sancho—dijo Sansón—, que los oficios mudan las costumbres, y podría ser que viéndoos gobernador, no conociédeses a la madre que os parió.

—Eso allá se ha de entender—respondió Sancho—con los que nacieron en las malvas, y no con los que tienen sobre el alma cuatro dedos de enjundia de cristianos viejos, como yo los tengo; no, sino llegaos a mi condición, que ¡sabrá usar de desagradecimiento con alguno!

—Dios lo haga—dijo Don Quijote—, y ello dirá, cuando el gobierno venga; que ya me parece que le trayo entre los ojos.

Dicho esto, rogó al Bachiller que, si era poeta, le hiciese merced de componerle unos versos que tratasen de la despedida que pensaba hacer de su señora Dulcinea del Toboso, y que advirtiese que en el principio de cada verso había de poner una letra de su nombre, de manera que, con todos los versos, juntando las primeras letras, se leyese DULCINEA DEL TOBOSO. El Bachiller respondió, que, puesto que él no era de los famosos poetas que había en España (que decían que no eran sino tres y medio), que no dejaría de componer los tales metros; aunque hallaba una dificultad grande en su composición; a causa que las letras que contenían el nombre eran diez y siete; y que si hacía cuatro castellanas de a cuatro versos, sobraba una letra; y si de cinco, a quien llaman décimas o redondillas, faltaban tres letras; pero con todo eso, procuraría embeber una letra lo mejor que pudiese, de manera que en las cuatro castellanas se incluyese el nombre de *Dulcinea del Toboso*.

—Ha de ser así en todo caso—dijo Don Quijote—; que si allí no va el

nombre patente y de manifiesto, no hay mujer que no crea que para ella se hicieron los metros.

Quedaron en esto y en que la partida sería de allí a tres días. Encargó Don Quijote al Bachiller la tuviese secreta, especialmente al Cura y Maese Nicolás, y a su Sobrina y al Ama, porque no estorbasen su honrada y valerosa determinación: todo lo prometió Carrasco. Con esto se despidió encargando a Don Quijote que de todos sus buenos o malos sucesos le avisase, habiendo comodidad; y así se despidieron, y Sancho fué a poner en orden lo necesario para su jornada.

CAPÍTULO V

De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su mujer Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordación.

Llegando a escribir el traductor desta historia este quinto capítulo, dice que le tiene por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podía prometer de su corto ingenio, y dice cosas tan sutiles que no tiene por posible que él las supiese; pero no quiso dejar de traducirlo, por cumplir con lo que a su oficio debía, y así prosiguió diciendo:

Llegó Sancho a su casa tan regocijado y alegre, que su mujer conoció su alegría a tiro de ballesta, tanto que la obligó a preguntarle:

—¿Que traéis, Sancho amigo, que tan alegre venís?

A lo que él respondió:

—Mujer mía, si Dios quisiera, bien me holgara yo de no estar tan contento como nuestro.

—No os entiendo, marido—replicó ella—, y no sé qué queréis decir de eso de que os holgáredes, si Dios quisiera, de no estar contento; que magüeta tonta, no sé yo quién recibe gusto de no tenerle.

—Mirad, Teresa—respondió Sancho—, yo estoy alegre porque tengo determinado de volver a servir a mi amo Don Quijote, el cual quiere la tercera salir a buscar las aventuras; y yo vuelvo a salir con él, porque quiere así mi necesidad, junto con la esperanza, que me alegra, de pensar si podré hallar otros cien escudos como los ya gastados; puesto que me entristece el haberme de apartar de tí y de mis hijos, y si Dios quisiera darme de comer a pie enjuto y en mi casa, sin traermé por vericuetos y encrucijadas, pues lo podía hacer a poca costa y con no más de quererlo, claro está

que mi alegría fuera más firme y valedera, pues que la que tengo va mezclada con la tristeza del dejarte; así que, dije bien que holgara, si Dios quisiera de no estar contento.

—Mirad, Sancho—replicó Teresa—; después que os hicistes miembro de caballero andante, habláis de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda.

—Basta que me entienda Dios, mujer—respondió Sancho—; que él es el entendedor de todas las cosas; y quedese esto aquí; y advertid, hermana, que os conviene tener cuenta estos días con el Rucio, de manera que esté para armas tomar: dobladle los piensos, requerid la albarda y las demás jarcias, porque no vamos a bodas, sino a rodear el mundo, y a tener dares y tomars con gigantes, con endriagos y con vestiglos, y a oír silbos, rugidos, bramidos y baladros; y aun todo esto fuera flores de cantueso, si no tuviéramos que entender con yangüeses y con moros encantados.

—Bien creo yo, marido—replicó Teresa—, que los escuderos andantes no comen el pan de balde; y así, quedaré rogando a nuestro Señor os saque presto de tanta mala ventura.

—Yo os digo, mujer—respondió Sancho—, que si no pensase antes de mucho tiempo verme gobernador de una ínsula, aquí me caería muerto.

—Eso no, marido mío—dijo Teresa—; viva la gallina, aunque sea con su pepita. Vivid vos, y lléveme el diablo cuantos gobiernos hay en el mundo. Sin gobierno salistes del vientre de vuestra madre, sin gobierno habéis vivido hasta ahora, y sin gobierno os iréis, u os llevarán, a la sepultura, cuando Dios fuere servido; como esos hay en el mundo que viven sin gobierno, y no por eso dejan de vivir, y de ser contados en el número de las gentes. La mejor salsa del mundo es la hambre, y como ésta no falta a los pobres, siempre comen con gusto. Pero mirad, Sancho, si por ventura os viéredes con algún gobierno, no os olvidéis de mí y de vuestros hijos. Advertid que Sanchico tiene ya quince años cabales, y es razón que vaya a la escuela, si es que su tío el abad le ha de dejar hecho de la Iglesia. Mirad también que Mari-Sancha, vuestra hija, no se morirá si la casamos; que me van dando barruntos que desea tanto tener marido como vos deseáis veros con gobierno.

—A buena fe—respondió Sancho—, que si Dios me lleva a tener algo que de gobierno, que tengo de casar, mujer mía, a Mari-Sancha tan altamente, que no la alcancen sino con llamarla señoría.

—Eso no, Sancho—respondió Teresa—; casadla con su igual, que es lo más acertado; que si de los zuecos la sacáis a chapines, y de saya parda de catorceno a verdugado y saboyanás de seda, y de una *Marica* y un *tú* a

una *doña tal* y señoría, no se ha de hallar la mochacha, y a cada paso ha caer en mil faltas, descubriendo la hilaza de su tela basta y grosera.

—Calla, boba—dijo Sancho—; que todo será usarlo dos o tres años; y después le vendrá el señorío a la gravedad como de molde; y cuando ¿qué importa? Séase ella señoría, y venga lo que viniere.

—Medíos, Sancho, con vuestro estado—respondió Teresa—; no os queráis alzar a mayores, y advertid al refrán que dice: «Al hijo de tu vecino límpiale las narices y métele en tu casa.» Por cierto que ¡sería gentil casar a nuestra María con un condazo o con un caballero, que, cuando le antojase, la pusiese como nueva, llamándola de villana, hija del destapaterones y de la pelaruecas! No en mis días, marido: ¡para eso, por cierto he criado yo a mi hija! Traed vos dineros, Sancho; y el casarla dejadlo a mi cargo; que ahí está Lope Tocho, el hijo de Juan Tocho, mozo rollizo y sano, y que le conocemos, y se que no mira de mal ojo a la mochacha, con éste, que es nuestro igual, estará bien casada, y la tendremos siempre a nuestros ojos, y seremos todos unos, padres y hijos, nietos y yernos, andará la paz y la bendición de Dios entre todos nosotros; y no casármela vos ahora en esas cortes y en esos palacios grandes, adonde ni a ella le entienda ni ella se entienda.

—Ven acá, bestia y mujer de Barrabás—replicó Sancho—, ¿por qué quieres tú ahora, sin qué ni para qué, estorbarme que no case a mi hija con quien me dé nietos que se llamen señoría? Mira, Teresa, siempre he oído decir a mis mayores que el que no sabe gozar de la ventura cuando le viene que no se debe quejar si se le pasa; y no sería bien que ahora, que está llamando a nuestra puerta, se la cerremos: dejémonos llevar deste viento favorable que nos sopla. (Por este modo de hablar, y por lo que más abajo dice Sancho, dijo el traductor desta historia que tenía por apócrifo este capítulo.) ¿No te parece, animal, prosiguió Sancho, que será bien dar con mi cuerpo en algún gobierno provechoso, que nos saque el pie del lodo, casar a Mari-Sancha con quien yo quisiera... y verás cómo te llaman a doña Teresa Panza, y te sientas en la iglesia sobre alcatifa, almohadas arambeles, a pesar y despecho de las hidalgas del pueblo? ¡No, sino estar siempre en un ser, sin crecer ni menguar, como figura de paramento! Y esto no hablemos más; que Sanchica ha de ser condesa, aunque tú más me digas.

—¿Véis cuánto decís, marido?—respondió Teresa— Pues con todo esto temo que este condado de mi hija ha de ser su perdición; vos haced lo que quisieredes, ora la hagáis duquesa o princesa; pero séos decir que no seré yo con éllo con voluntad ni consentimiento mío. Siempre, hermano, fui amigo

de la igualdad, y no puedo ver entonos sin fundamentos. Teresa me pusieron en el bautismo, nombre mondo y escueto, sin añadiduras ni cortapisas, ni arrequives de dones ni donas; *Cascajo* se llamó mi padre; y a mí, por ser vuestra mujer, me llaman Teresa Panza; que a buena razón me habían de llamar Teresa Cascajo; pero allá van reyes do quieren leyes; y con este nombre me contento, sin que me le pongan un don encima, que pese tanto que no le pueda llevar; y no quiero dar qué decir a los que me vierén andar vestida a lo condesil o a lo de gobernadora; que luego dirán: «Mirad ¡qué entonada va la pazpuerca! ¡Ayer no se hartaba de estirar de un copo de estopa, y iba a misa, cubierta la cabeza con la falda de la saya en lugar de manto, y ya hoy va con verdugado, con broches y con entono, como si no la conociésemos!» Si Dios me guarda mis siete o mis cinco sentidos, o los que tengo, no pienso dar ocasión de verme en tal aprieto; vos, hermano, idos a ser gobierno o insulo, y entonaos a vuestro gusto; que mi hija ni yo, por el siglo de mi madre, que no nos hemos de mudar un paso de nuestra aldea. La mujer honrada, la pierna quebrada y en casa; y la doncella honesta, el hacer algo es su fiesta. Idos con vuestro Don Quijote a vuestras aventuras, y dejadnos a nosotras con nuestras malas venturas; que Dios nos las mejorará, como seamos buenas; y yo no sé, por cierto, quién le puso a él don, que no tuvieron sus padres ni sus agüelos.

—Ahora digo—replicó Sancho—, que tienes algún familiar en ese cuerpo. ¡Válate Dios, la mujer, y qué de cosas has ensartado unas en otras, sin tener pies ni cabeza! ¿Qué tienen que ver el Cascajo, los broches, los refranes y el entono con lo que yo digo? Ven acá, mentecata e ignorante (que así te puedo llamar, pues no entiendes mis razones y vas huyendo de la dicha); si yo dijera que mi hija se arrojara de una torre abajo, o que se fuera por esos mundos, como se quiso ir la infanta doña Urraca, tenías razón de no venir con mi gusto; pero si en dos paletas, y en menos de un abrir y cerrar de ojos, te la chanto un don y una señoría a cuestras, y te la saco de los rastrojos, y te la pongo en toldo y en peana y en un estrado de más almohadas de velludo que tuvieron todos en su linaje los Almohades de Marruecos, ¿por qué no has de consentir y querer lo que yo quiero?

—¿Sabéis por qué, marido?—respondió Teresa—. Por el refrán que dice: «Quien te cubre te descubre.» Por el pobre todos pasan los ojos como de corrida, y en el rico los detienen; y si el tal rico fué un tiempo pobre, allí es el murmurar y el mal decir y el peor pensar de los maldicientes; que los hay por esas calles a montones, como enjambres de abejas.

—Mira, Teresa—respondió Sancho—, y escucha lo que agora quiero decirte; quizá no lo habrás oído en todos los días de tu vida; y yo agora no

hablo de mí; que todo lo que pienso decir son sentencias del padre predicador que la cuaresma pasada predicó en este pueblo; el cual, si mal no acuerdo, dijo que todas las cosas presentes que los ojos están mirando, presentan, están y asisten en nuestra memoria mucho mejor y con más hemencia que las cosas pasadas.

Todas estas razones, que aquí va diciendo Sancho, son las segundas que quien dice el traductor (que tiene por apócrifo este capítulo) que excede a la capacidad de Sancho, el cual prosiguió diciendo:

—De donde nace que cuando vemos alguna persona bien aderezada con ricos vestidos compuesta, y con pompa de criados, parece que por fuerza nos mueve y convida a que la tengamos respeto, puesto que la memoria en aquel instante nos representa alguna baja en que vimos a la tal persona, la cual ignominia, ahora sea de pobreza o de linaje, como ya pasado no es, y sólo es lo que vemos presente; y si éste, a quien la fortuna saca del borrador de su baja (que por estas mismas razones lo dijo el padre) a la alteza de su prosperidad, fuere bien criado, liberal y cortés con todos, y no se pusiere en cuentos con aquellos que por antigüedad son nobles, por cierto, Teresa, que no habrá quien se acuerde de lo que fué, sino que reverencie lo que es, si no fueren los invidiosos, de quien ninguna próspera fortuna está segura.

—Yo no os entiendo, marido—replicó Teresa—; haced lo que quisiéredes y no me quebréis más la cabeza con vuestras arengas y retóricas; y si está revuelto en hacer lo que decís...

—Resuelto has de decir, mujer—dijo Sancho—, y no revuelto.

—No os pongáis a disputar, marido, conmigo—respondió Teresa—; hablo como Dios es servido, y no me meto en más dibujos; y digo que si estáis persuadido en tener gobierno, que llevéis con vos a vuestro hijo Sancho para que desde agora le enseñéis a tener gobierno; que bien es que los hijos hereden y aprendan los oficios de sus padres.

—En teniendo gobierno—dijo Sancho—, enviaré por él por la posta te enviaré dineros; que no me faltarán, pues nunca falta quien se los presta a los gobernadores, cuando no los tienen; y vístelo de modo que disimule lo que es, y parezca lo que ha de ser.

—Enviad vos dineros—dijo Teresa—; que yo os lo vestiré como un perrito.

—En efecto, quedamos de acuerdo—dijo Sancho—de que ha de ser condesa nuestra hija.

—El día que yo la viere condesa—respondió Teresa—, ése haré cuenta que la entierro; pero otra vez os digo que hagáis lo que os diere gusto

que con esta carga nacemos las mujeres, de estar obedientes a los maridos, aunque sean unos porros;—y en esto comenzó a llorar tan de veras, como si ya viera muerta y enterrada a Sanchica.

Sancho la consoló, diciéndole que ya que la hubiese de hacer condesa, la haría todo lo más tarde que ser pudiese. Con esto se acabó su plática, y, al otro día, Sancho volvió a ver a Don Quijote, para dar orden en su partida.

CAPÍTULO VI

De lo que le pasó a Don Quijote con su Sobrina y con su Ama; y es uno de los más importantes capítulos de toda la historia.

En tanto que Sancho Panza y su mujer Teresa Cascajo pasaron la impertinente referida plática, no estaban ociosas la Sobrina y el Ama de Don Quijote, que por mil señales iban coligiendo que su tío y señor quería desgarrarse la vez tercera, y volver al ejercicio de su, para ellas mal andante, caballería. Procuraban por todas las vías posibles apartarle de tan mal pensamiento; pero todo era predicar en desierto y majar en hierro frío. Con todo esto, entre otras muchas razones que, al otro día, con él pasaron, le dijo el Ama:

—En verdad, señor mío, que si vuesa merced no afirma el pie llano, y se está quedo en su casa, y se deja de andar por los montes y por los valles como ánima en pena, buscando esas que dice que se llaman aventuras, a quien yo llamo desdichas, que me tengo de quejar en voz y en grito a Dios y al Rey, que pongan remedio en ello.

A lo que respondió Don Quijote:

—Ama, lo que Dios responderá a tus quejas, yo no lo sé, ni lo que ha de responder su Majestad, tampoco; y sólo sé que si yo fuera rey, me excusara de responder a tanta infinidad de memoriales impertinentes como cada día les dan; que uno de los mayores trabajos que los reyes tiene, entre otros muchos, es el estar obligados a escuchar a todos y a responder a todos; y así, no querría yo que cosas más le diesen pesadumbre.

A lo que dijo el Ama:

—Díganos, señor: en la corte de su Majestad, ¿no hay caballeros?

—Sí—respondió Don Quijote—, y muchos, y es razón que los haya para adorno de la grandeza de los príncipes y para ostentación de la majestad real.

—Pues ¿no sería vuesa merced—replicó ella—uno de los que a quedado sirviesen a su Rey y señor, estándose en la Corte?

—Mira, amiga—respondió Don Quijote—, no todos los caballeros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos pueden ni deben ser caballeros andantes. De todos ha de haber en el mundo; y aunque todos seaman caballeros, va mucha diferencia de los unos a los otros; porque los cortesanos, sin salir de sus aposentos ni de los umbrales de la Corte, se pasean por todo el mundo, mirando un mapa, sin costarles blanca ni padecer calor ni frío, hambre ni sed; pero nosotros, los caballeros andantes verdaderos, al sol, al frío, al aire, a las inclemencias del cielo, de noche de día, a pie y a caballo, medimos toda la tierra con nuestros mismos pies, y no solamente conocemos los enemigos pintados, sino en su mismo ser; y en todo trance y en toda ocasión los acometemos, sin mirar en niñerías ni en las leyes de los desafíos, si lleva o no lleva más corta lanza o la espada, si trae sobre sí reliquias o algún engaño encubierto, si se ha de partir y hacer tajadas el sol o no, con otras ceremonias de jaez, que se usan en los desafíos particulares de persona a persona, que tú no sabes, y yo sí. Y has de saber más: que al buen caballero andante aunque vea diez gigantes que con las cabezas, no sólo tocan, sino pasan las nubes, y que a cada uno le sirven de piernas dos grandísimas torres y que los brazos semejan árboles de gruesos y poderosos navios, y cada ojo como una gran rueda de molino, y más ardiendo que un horno de vidrio, no le han de espantar en manera alguna; antes con gentil continente y con intrépido corazón los ha de acometer y embestir, y si fuera posible, vencerlos y desbaratarlos en un pequeño instante, aunque viesen armados de unas conchas de un cierto pescado, que dicen que son más duras que si fuesen de diamantes, y en lugar de espadas trujesen cuchillos tajantes de damasquino acero o porras ferradas con puntas de mismo de acero, como yo las he visto más de dos veces. Todo esto he dicho Ama mía, porque veas la diferencia que hay de unos caballeros a otros y sería razón que no hubiese príncipe que no estimase en más esta segunda, o por mejor decir, primera especie de caballeros andantes; que según leemos en sus historias, tal ha habido entre ellos, que ha sido de salud, no sólo de un reino, sino de muchos.

—¡Ah, señor mío!—dijo a esta sazón la Sobrina—Advierta vuesa merced que todo eso que dice de los caballeros andantes es fábula y mentira; y sus historias, ya que no las quemasen, merecían que a cada una se le echase un sambenito, o alguna señal en que fuese conocida por infame y por gastadora de las buenas costumbres.

—¡Por el Dios que me sustenta—dijo Don Quijote—, que si no fueras mi sobrina derechamente, como hija de mi misma hermana, que había de hacer un tal castigo en ti, por la blasfemia que has dicho, que sonara por todo el mundo! ¡Cómo! ¿Que es posible que una rapaza, que apenas sabe menear doce palillos de randas, se atreva a poner lengua y a censurar las historias de los caballeros andantes? ¿Que dijera el señor Amadís, si lo tal oyera? Pero a buen seguro que él te perdonara, porque fué el más humilde y cortés caballero de su tiempo, y demás grande amparador de las doncellas; mas tal te pudiera haber oído, que no te fuera bien dello; que no todos son cortesos ni bien mirados; algunos hay foflones y descomedidos; ni todos los que se llaman caballeros lo son de todo en todo; que unos son de oro, otros de alquimia, y todos parecen caballeros, pero no todos pueden estar al toque de la piedra de la verdad. Hombres bajos hay, que revientan por parecer caballeros; y caballeros altos hay, que parece que a posta mueren por parecer hombres bajos: aquéllos se levantan o con la ambición o con la virtud; éstos se abajan o con la flojedad o con el vicio; y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto para distinguir estas dos maneras de caballeros, tan parecidos en los nombres y tan distintos en las acciones.

—¡Válame Dios!—dijo la Sobrina—¡Que sepa vuesa merced tanto, señor tío, que si fuese menester en una necesidad, podría subir en un púlpito, e irse a predicar por esas calles, y que con todo esto, dé en una ceguera tan grande y en una sandez tan conocida, que se dé a entender que es valiente siendo viejo, que tiene fuerzas estando enfermo, y que endereza tuertos estando por la edad agobiado, y sobre todo que es caballero no lo siendo, porque aunque lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobres!

—Tienes mucha razón, Sobrina, en lo que dices—respondió Don Quijote—; y cosas te pudiera yo decir cerca de los linajes, que te admiraran; pero, por no mezclar lo divino con lo humano, no las digo. Mirad, amigas: a cuatro suertes de linajes (y estadme atentas) se pueden reducir todos los que hay en el mundo, que son éstos: unos, que tuvieron principios humildes, y se fueron extendiendo y dilatando hasta llegar a una suma grandeza; otros, que tuvieron principios grandes y los fueron conservando, y los conservan y mantienen en el ser que comenzaron; otros, que aunque tuvieron principios grandes, acabaron en punta como pirámide, habiendo disminuído y aniquilado su principio hasta parar en nada, como lo es la punta de la pirámide, que respeto de su basa o asiento no es nada; otros hay, y éstos son los más, que ni tuvieron principio

bueno, ni razonable medio, y así tendrán el fin sin nombre, como el linaje de la gente plebeya y ordinaria. De los primeros que tuvieron principio humilde, y subieron a la grandeza que agora conservan, te sirva de ejemplo la casa otomana, que de un humilde y bajo pastor, que le dió principio está en la cumbre que la vemos. Del segundo linaje, que tuvo principio en grandeza, y la conserva sin aumentarla, serán ejemplo muchos príncipes, que por herencia lo son y se conservan en ella: sin aumentarla ni disminuirla, conteniéndose en los límites de sus estados pacíficamente. De los que comenzaron grandes y acabaron en punta, hay millares de ejemplos; porque todos los Faraones y Tolomeo de Egipto, los Césares de Roma, con toda la caterva (si es que se les puede dar este nombre) de infinitos príncipes, monarcas, señores, medos, asirios, persas, griegos y bárbaros, todos estos linajes y señoríos han acabado en punta y nonada, así ellos como los que les dieron principio, pues no será posible hallar agora ninguno de sus descendientes, y si le hallásemos, sería bajo y humilde estado. Del linaje plebeyo no tengo que decir sino que sirve sólo de acrecentar el número de los que viven, sin que merezca otra fama ni otro elogio su grandeza. De todo lo dicho quiero que os acordéis, bobas mías, que es grande la confusión que hay entre los linajes, y que solos aquellos parecen grandes y ilustres, que lo muestran en virtud y en la riqueza y liberalidad de sus dueños. Dije virtud, riqueza y liberalidad, porque el grande que fuere vicioso, será vicioso grande, y el rico no liberal será un avaro mendigo; que al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas, y no el gastarlas como quiera, sino el saberlas bien gastar. Al caballero pobre no le queda otro camino para mostrar que es caballero, sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés, comedido y oficioso (no soberbio, no arrogante, no murmurador), y sobre todo, caritativo; que con dos maravedís que con ánimo alegre dé al pobre, se mostrará tan liberal como el que a campaña herida da limosna; y no habrá quien le vea adornado de las referidas virtudes, que aunque no le conozca, deje de juzgarle y tenerle por de buena casta, y el no serlo sería milagro; y siempre la alabanza fué premio de virtud, y los virtuosos no pueden dejar de ser alabados. Dos caminos hay de llegar a ser ricos, por donde pueden ir los hombres y llegar a ser ricos y honrados: uno es el de las letras, otro el de las armas. Yo tengo más armas que letras, y nací según me inclino a las armas, debajo de la influencia del planeta Marte; así que, a mí me es forzoso seguir por su camino, y por él tengo que ir a pesar de todo el mundo; y será en balde cansaros en persuadirme que no quiera yo lo que los cielos quieren: la fortuna ordena y la razón pide

y sobre todo, mi voluntad desea; pues con saber, como sé, los innumerables trabajos que son anejos al andante caballería, sé también los infinitos bienes que se alcanzan con ella, y sé que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio ancho y espacioso, y sé que sus fines y paraderos son diferentes; porque el del vicio, dilatado y espacioso, acaba en muerte; y el de la virtud, angosto y trabajoso, acaba en vida, y no en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin; y sé, como dice el gran poeta castellano nuestro, que

Por estas asperezas se camina
de la inmortalidad al alto asiento,
do nunca arriba quien de allí declina.

—¡Ay, desdichada de mí!—dijo la Sobrina—¡Que también mi señor es poeta! Todo lo sabe, todo lo alcanza; yo apostaré que si quisiera ser albañil, que supiera fabricar una casa como una jaula.

—Yo te prometo, Sobrina—respondió Don Quijote—, que si estos pensamientos caballerescos no me llevasen tras sí todos los sentidos, que no habría cosa que yo no hiciese ni curiosidad que no saliese de mis manos, especialmente jaulas y palillos de dientes.

A este tiempo llamaron a la puerta, y preguntando quién llamaba, respondió Sancho Panza que él era; y apenas le hubo conocido el Ama, cuando corrió a esconderse por no verle: tanto le aborrecía. Abrióle la Sobrina, salió a recibirle con los brazos abiertos su señor Don Quijote, y encerráronse los dos en su aposento, donde tuvieron otro coloquio, que no le hace ventaja el pasado.

CAPÍTULO VII

*De lo que pasó Don Quijote con su escudero,
con otros sucesos famosísimos.*

Apenas vió el Ama que Sancho Panza se encerraba con su señor, cuando dió en la cuenta de sus tratos; y imaginando que de aquella consulta había de salir la resolución de su tercera salida, y tomando su manto, toda llena de congoja y pesadumbre, se fué a buscar al Bachiller Sansón Carrasco, pareciéndole que por ser bien hablado, y amigo fresco de su señor, le podría persuadir a que dejase tan desvariado propósito. Hallóle paseándose por el patio de su casa, y en viéndole, se dejó caer ante sus pies, trasudando y congojosa.

Cuando la vió Carrasco con muestras tan doloridas y sobresaltadas, le dijo:

—¿Qué es esto, señora Ama! ¿Qué le ha acontecido, que parece que le quiere arrancar el alma?

—No es nada, señor Sansón mío, sino que mi amo se sale; sálese, sin duda.

—Y ¿por dónde se sale, señora?—preguntó Sansón—¿Hásele roto alguna parte de su cuerpo?

—No se sale—respondió ella—sino por la puerta de su locura; quiere decir, señor Bachiller de mi ánima, que quiere salir otra vez (que con ésta será la tercera) a buscar por ese mundo lo que él llama aventuras; que yo no puedo entender cómo les da este nombre. La vez primera nos le vieron atravesado sobre un jumento, molido a palos; la segunda vino en un carro de bueyes, metido y encerrado en una jaula, adonde él se daba a entender que estaba encantado, y venía tal el triste, que no le conocieron la madre que le parió; flaco, amarillo, los ojos hundidos en los últimos camaranchones del cerebro; que para haberle de volver algún tanto en sí gasté más de seiscientos huevos, como lo sabe Dios y todo el mundo, y mi gallinas, que no me dejarán mentir.

—Eso creo yo muy bien—respondió el Bachiller—; que ellas son tan buenas, tan gordas y tan bien criadas, que no dirán una cosa por otra, ni reventasen. En efecto, señora Ama, ¿no hay otra cosa, ni ha sucedido otra desgracia alguna, sino el que se teme que quiere hacer el señor Don Quijote?

—No, señor—respondió ella.

—Pues no tenga pena—respondió el Bachiller—, sino váyase en hora buena a su casa, y téngame aderezado de almorzar alguna cosa caliente y de camino vaya rezando la oración de santa Apolonia, si es que la sabe; que yo iré luego allá, y verá maravillas.

—¡Cuitada de mí!—replicó el Ama—¿La oración de santa Apolonia dice vuesa merced que rece? Eso fuera si mi amo lo hubiera de las muelas, pero no lo ha sino de los cascós.

—Yo sé lo que digo, señora Ama; váyase, y no se ponga a disputar conmigo, pues sabe que soy bachiller por Salamanca, que no hay más que bachillear—respondió Carrasco.

Y con esto se fué el Ama, y el Bachiller fué luego a buscar al Cura, para comunicar con él lo que se dirá a su tiempo.

En el que estuvieron encerrados Don Quijote y Sancho, pasaron las razones que con mucha puntualidad y verdadera relación cuenta la historia.

Dijo Sancho a su amo:

—Señor, ya yo tengo medio relucida a mi mujer a que me deje ir con vuesa merced adonde quisiere llevarme.

—Reducida has de decir, Sancho—dijo Don Quijote—; que no relucida.

—Una o dos veces—respondió Sancho—, si mal no me acuerdo, he suplicado a vuesa merced que no me enmiende los vocablos, si es que entiendo lo que quiero decir en ellos, y que cuando no los entienda, diga: «Sancho, o diablo, no te entiendo»; y si yo no me declarare, entonces podrá enmendarme; que yo soy tan fácil...

—No te entiendo, Sancho—dijo luego Don Quijote—; pues no sé qué quiere decir «soy tan fácil».

—«Tan fácil» quiere decir—respondió Sancho—: «soy tan así».

—Menos te entiendo ahora—replicó Don Quijote.

—Pues si no me puede entender—respondió Sancho—, no sé cómo lo diga; no sé más, y Dios sea conmigo.

—Ya, ya caigo—respondió Don Quijote—en ello: tú quieres decir que eres tan *dócil*, blando y mañero, que tomarás en cuenta lo que yo te dijere, y pasarás por lo que te enseñare.

—Apostaré yo—dijo Sancho—, que desde el empuñamiento me caló y me entendió, sino que quiso turbarme, por oírme decir otras docientas patochadas.

—Podría ser—replicó Don Quijote—. Y, en efecto, ¿que dice Teresa?

—Teresa dice—dijo Sancho—, que ate bien mi dedo con vuesa merced, y que hablen cartas y callen barbas, porque quien destaja no baraja, pues más vale un toma que dos te daré; y yo digo que el consejo de la mujer es poco, y el que no le toma es loco.

—Y yo lo digo también—respondió Don Quijote—. Decid, Sancho amigo; pasad adelante; que habláis hoy de perlas.

—Es el caso—replicó Sancho—, que, como vuesa merced mejor sabe, todos estamos sujetos a la muerte, y que hoy somos y mañana no, y que tan presto se va el cordero como el carnero, y que nadie puede prometerse en este mundo más horas de vida de las que Dios quisiere darle; porque la muerte es sorda, y cuando llega a llamar a las puertas de nuestra vida, siempre va de priesa, y no la harán detener ni ruegos, ni fuerzas, ni cetros, ni mitras, según es pública voz y fama, y según nos lo dicen por esos pulpitos.

—Todo eso es verdad—dijo Don Quijote—; pero no sé dónde vas a parar.

—Voy a parar—dijo Sancho—en que vuesa merced me señale salario conocido, dé lo que me ha de dar cada mes, el tiempo que le sirviere, y que el tal salario se me pague de su hacienda; que no quiero estar a mercedes, que llegan tarde o mal o nunca; con lo mío me ayude Dios. En fin, yo quiero saber lo que gano, poco o mucho que sea; que sobre un huevo pone

la gallina, y muchos pocos hacen un mucho, y mientras se gana algo no pierde nada. Verdad sea que si sucediese (lo cual ni lo creo ni lo desespero) que vuesa merced me diese la ínsula que me tiene prometida, no soy tan ingrato ni llevo las cosas tan por los cabos, que no querré que se aprecio lo que montare la renta de la tal ínsula, y se descuente de mi salario, ganando por cantidad.

—Sancho amigo—respondió Don Quijote—, a las veces tan buena suerte es una rata como una gata.

—Ya entiendo—dijo Sancho—: yo apostaré que había de decir *rata*, no *gata*; pero no importa nada, pues vuesa merced me ha entendido.

—Y tan entendido—respondió Don Quijote—, que he penetrado el último de tus pensamientos y sé al blanco que tiras con las innumerables saetas de tus refranes. Mira, Sancho, yo bien te señalaría salario, si hubiera hallado en alguna de las historias de los caballeros andantes ejemplo que me descubriese y mostrase por algún pequeño resquicio qué es lo que los escuderos solían ganar cada mes o cada año; pero yo he leído todas las más de sus historias, y no me acuerdo haber leído que ningún caballero andante haya señalado conocido salario a su escudero; sólo sé que todos servían a merced, y que cuando menos se lo pensaban, si a sus señores les había corrido bien la suerte, se hallaban premiados con una ínsula o con otra cosa equivalente, y por lo menos quedaban con título y señoría. Si con estas esperanzas y advertimientos, vos, Sancho, gustáis de volver a servirme, sea en buena hora; que pensar que yo he de sacar de sus términos y quicios la antigua usanza de la caballería andante, es pensar en lo excusado. Así que, Sancho mío, volvedos a vuestra casa y declarad a vuestra Teresa mi intención; y si ella gustare y vos gustáredes de estar a merced conmigo, *bene quidem*; y si no, tan amigos como de antes; que si al palomar no le falta cebo, no le faltarán palomas; y advertid, hijo, que vale más buena esperanza que ruin posesión, y buena oferta que mala paga. Hablo desta manera, Sancho, por dáros a entender que también como vos, sé yo arrojar refranes como llovidos; y finalmente, quiero decir y os digo, que si no queréis venir a merced conmigo y correr la suerte que yo corriere, que Dios quede con vos y os haga un santo; que a mí no me faltarán escuderos más obedientes, más solícitos, y no tan empachados ni tan habladores como vos.

Cuando Sancho oyó la firme resolución de su amo, se le anubló el cielo y se le cayeron las alas del corazón, porque tenía creído que su señor no se iría sin él por todos los haberes del mundo; y así estando suspenso y pensativo, entró Sansón Carrasco, y el Ama y la Sobrina, deseosas de oír

con que razones persuadía a su señor que no tornase a buscar las aventuras.

Llegó Sansón, socarrón famoso, y abrazándole como la vez primera, con voz levantada le dijo:

—¡Oh, flor de la andante caballería! ¡Oh, luz resplandeciente de las armas! ¡Oh, honor y espejo de la nación española! ¡Plega a Dios todopoderoso, donde más largamente se contiene, que la persona o personas que pusieren impedimento y estorbaren tu tercera salida, que no la hallen en el laberinto de sus deseos ni jamás se les cumpla lo que más desearan!—Y volviéndose al Ama le dijo:—Bien puede la señora Ama no rezar más la oración de santa Apolonia; que yo sé que es determinación precisa de las esferas que el señor Don Quijote vuelva a ejecutar sus antiguos y nuevos pensamientos; y yo encargaría mucho mi conciencia si no instigase y persuadiese a este caballero que no tenga más tiempo encogida y detenida la fuerza de su valeroso brazo y la bondad de su ánimo valentísimo, porque defrauda con su tardanza el derecho de los tuertos, el amparo de los huérfanos, la honra de las doncellas, el favor de las viudas y el arrimo de las casadas, y otras cosas deste jaez, que tocan, atañen, dependen y son anejas a la Orden de la caballería andante. Ea, señor Don Quijote mío, hermoso y bravo, antes hoy que mañana se ponga vuesa merced y su gran rocín, en camino; y si alguna cosa faltare para ponerlo en ejecución, aquí estoy yo para suplirla con mi persona y hacienda; y si fuere necesidad servir a su magnificencia de escudero, lo tendré a felicísima ventura.

A esta sazón dijo Don Quijote, volviéndose a Sancho:—¿No te dije yo, Sancho, que me habían de sobrar escuderos? Mira ¡quién se ofrece a serlo, sino el inclito Bachiller Sansón Carrasco, perpetuo trastulo y regocijador de los patios de las escuelas salmanticenses, sano de su persona, ágil de sus miembros, callado, sufridor así del calor como del frío, así de la hambre como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren para ser escudero de un caballero andante! Pero no permita el cielo que, por seguir mi gusto, desbarate y quiebre la columna de las letras y el vaso de las ciencias, y tronque la palma eminente de las buenas y liberales artes. Quédese el nuevo Sansón en su patria, y honrándola, honre juntamente las canas de sus ancianos padres; que yo con cualquier escudero estaré contento, ya que Sancho no se digna de venir conmigo.

—Si digno—respondió Sancho, enternecido y llenos de lágrimas los ojos; y prosiguió:—No se dirá por mí, señor mío: «el pan comido y la compañía deshecha». Sí, que no vengo yo de alguna alcurnia desagradecida; que ya sabe todo el mundo, y especialmente mi pueblo, quién fueron los

Panzas, de quien yo deciendo; y más, que tengo conocido y calado por muchas buenas obras y por más buenas palabras, el deseo que vuesa merced tiene de hacerme merced; y si me he puesto en cuentas de tanto más cuanto acerca de mi salario, ha sido por complacer a mi mujer, la cual, cuando toma la mano a persuadir una cosa, no hay mazo que tanto apriete los aros de una cuba como ella aprieta a que se haga lo que quiere; pero, en efeto, el hombre ha de ser hombre, y la mujer, mujer; y pues yo soy hombre donde quiera (que no lo puedo negar), también lo quiero ser en mi casa, pese a quien pesare; y así, no hay más que hacer sino que vuestra merced ordene su testamento con su codicilo, en modo que no se pueda revolver, y pongámonos luego en camino, porque no padezca el alma del señor Sansón, que dice que su conciencia le lita que persuada a vuesa merced a salir vez tercera por ese mundo; y yo de nuevo me ofrezco a servir a vuesa merced fiel y legalmente, tan bien y mejor que cuantos escuderos han servido a caballeros andantes en los pasados y presentes tiempos.

Admirado quedó el Bachiller de oír el término y modo de hablar de Sancho Panza; que puesto que había leído la primera historia de su señor, nunca creyó que era tan gracioso como allí le pintan; pero oyéndole decir ahora «testamento y codicilo que no se pueda revolver», en lugar de «testamento y codicilo que no se pueda revocar», creyó todo lo que del había leído, y confirmólo por unó de los más solemnes mentecatos de nuestros siglos, y dijo entre sí que tales dos locos como amo y mozo no se habrían visto en el mundo. Finalmente, Don Quijote y Sancho se abrazaron y quedaron amigos; y con parecer y beneplácito del gran Carrasco, que por entonces era su oráculo, se ordenó que de allí a tres días fuese su partida, en los cuales habrían lugar de aderezar lo necesario para el viaje y de buscar una celada de encaje, que en todas maneras, dijo Don Quijote que la había de llevar. Ofrecióse la Sansón, porque sabía no se la negaría un amigo suyo que la tenía; puesto que estaba más oscura por el orín y el moño, que clara y limpia por el terso acero.

Las maldiciones que las dos, Ama y Sobrina, echaron al Bachiller no tuvieron cuento; mesaron sus cabellos, arañaron sus rostros, y al modo de las endechaderas que se usaban, lamentaron la partida como si fuera la muerte de su señor. El designio que tuvo Sansón para persuadirle a que otra vez saliese, fué hacer lo que adelante cuenta la historia; todo por consejo del Cura y del Barbero, con quien él antes lo había comunicado. En resolución, en aquellos tres días Don Quijote y Sancho se acomodaron de lo que les pareció convenirles, y habiendo aplacado Sancho a su mujer, y Don Quijote a su Sobrina y a su Ama, al anochecer, sin que nadie lo

viere sino el Bachiller, que quiso acompañarles media legua del lugar, se pusieron en camino del Toboso, Don Quijote sobre su buen Rocinante, y Sancho sobre su antiguo Rucio, proveídas las alforjas de cosas tocantes a la bucólica, y la bolsa de dineros, que le dió Don Quijote para lo que se ofreciese. Abrazóle Sansón, y suplicóle le avisase de su buena o mala suerte, para alegrarse con ésta o entristecerse con aquélla, como las leyes de su amistad pedían. Prometióselo Don Quijote; dió Sansón la vuelta a su lugar, y los dos tomaron la de la gran ciudad del Toboso.

CAPÍTULO VIII

Donde se cuenta lo que le sucedió a Don Quijote, yendo a ver su señora Dulcinea el Toboso.

Solos quedaron Don Quijote y Sancho, y apenas se hubo apartado Sansón, cuando comenzó a relinchar Rocinante y a sospirar el Rucio, que de entrambos, caballero y escudero, fué tenido a buena señal y por felicísimo agüero; aunque, si se ha de contar la verdad, más fueron los sospiros y rebuznos del Rucio que los relinchos del rocín, de donde coligió Sancho que su ventura había de sobrepujar y ponerse encima de la de su señor, fundándose, no se en qué astrología judiciaria que él se sabía, puesto que la historia no lo declara; sólo le oyeron decir que cuando tropezaba o caía, se holgara no haber salido de casa, porque del tropezar o caer no se sacaba otra cosa sino el zapato roto o las costillas quebradas; y aunque tonto, no andaba en esto muy fuera de camino.

Dijole Don Quijote:

—Sancho amigo, la noche se nos va entrando a más andar, y con más oscuridad de la que habíamos menester para alcanzar a ver con el día al Toboso, adonde tengo determinado de ir antes que en otra aventura me ponga, y allí tomaré la bendición y buena licencia de la sin par Dulcinea, con la cual licencia pienso y tengo por cierto, de acabar y dar felice cima a toda peligrosa aventura; porque ninguna cosa desta vida hace más valientes a los caballeros andantes, que verse favorecidos de sus damas.

—Yo así lo creo—respondió Sancho—; pero tengo por dificultoso que vuesa merced pueda hablarla ni verse con ella, en parte a lo menos que pueda recibir su bendición, si ya no se la echa desde las bardas del corral, por donde yo la ví, la vez postrera, cuando la llevé la carta donde iban